LIBRO dot.com

Henry James

La próxima vez

Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Merece recordarse, por lo extraña, la gestión que hizo esta mañana la señora Highmore: vino a pedirme que escribiera una nota crítica sobre su próxima gran obra. Sus grandes obras han aparecido con tanta frecuencia sin mi protección, que yo tenía harto derecho de mostrarme extrañado, pero me sorprendieron sobre todo las explicaciones en que fundaba su pedido, y lo que me induce a escribir estas páginas son las reminiscencias que sus explicaciones despertaron en mí. Mientras hablábamos, el pobre Ray Limbert parecía estar sentado entre nosotros: la señora Highmore recordó que mi vínculo con él había comenzado hacía dieciocho años, cuando ella vino antes de almorzar a mi casa, tal como hoy, para pedirme que lo ayudara. Si no sabía entonces cuán poco vale mi protección, ahora lo sabe, por lo menos, y esto da precisamente tanta comicidad a su visita. Mientras me detengo en aquellos años borrosos -es decir, mientras sumo la columna de mis reminiscencias con pluma vacilante- advierto que estas dos ocasiones circundan la fama de Limbert, o al menos mi pequeña apreciación de su fama. Hoy, al pie de la última página, con una viñeta moralizadora, la señora Highmore parecía ponerle *fin*. Ha repetido a menudo la palabra -no en vano es "una de las más fecundas novelistas de nuestro tiempo"-, pero nunca, me atrevo a decirlo, a despecho de su dominio profesional de la emoción adecuada, con igual sentido del misterio y de la tristeza de las cosas que las personas con imaginación asignan a las historias humanas definitivamente caducas. Sea como fuere, su primero y su último pedido abre y cierra la historia de Ray Limbert. Y cuando sus melancólicas imágenes recibieron la luz menguante de nuestra media hora de charla, me prometí, mientras aquella luz durase, recobrar en parte su delicada ternura para extraer con breve paciencia la perpleja lección.

Era maravilloso ver cómo la señora Highmore había extraído para sí misma la lección:

no vaciló en explicarme qué sucedía con Ralph Limbert o, al menos, en permitirme vislumbrar la noble admonición que había leído en la carrera de nuestro amigo. Ninguna prueba mejor de la fuerza de esta parábola, con la que uno y otro estábamos de acuerdo, que haber convertido a una pecadora tan empedernida como la señora Highmore. No era, por supuesto, nada nuevo para mí. Insistió en que durante los últimos diez años había querido escribir una obra verdaderamente artística, una obra cuyo éxito de venta le importase un bledo. A esta perversidad fue inducida principalmente observando lo que hacía su cuñado y de qué manera lo hacía. Como él no vendía, pobrecito, y como varias personas, entre las cuales estaba yo, encarecían dicha circunstancia, ella tuvo el capricho -y lo tuvo desde los comienzos de su prolífica carrera- de alcanzar, siquiera por una vez, tan heroicas alturas. Anhelaba ser como Limbert, por una vez, claro está, un exquisito fracaso. Un fracaso, un fracaso de venta poseía algo que un éxito, en cierto modo, no lo tenía. Un éxito era tan prosaico como una buena comida: nada más había que decir sobre ella aparte de que era buena. ¿Quién sino la gente ordinaria, en un caso semejante, hace voraces apreciaciones sobre los diferentes platos? Y muy a menudo esa gente ordinaria atestiguaba el éxito. Mirándolo bien, el éxito sólo daba dinero; es decir, daba tanto dinero que cualquier otro resultado parecía pequeño en comparación con aquél. ¡Pero un fracaso podía dar tanta reputación! Ah, claro está, con la ayuda de un inmenso talento, porque había fracasos y fracasos. Me hizo el honor -lo había hecho a menudo- de insinuarme que lo que entendía por reputación era que yo le arrojase una flor. Si se necesitaba un fracaso para obtener un fracaso, yo era la persona mejor calificada para coronarla de laureles. Como ella había hecho tanto dinero, y como el señor Highmore lo había administrado con tanta eficacia, estaba en condiciones de permitirse una hora de límpida gloria. Recordaba que siempre que la escuché enunciar aquel deseo, le había replicado que un libro que se vende puede ser tan glorioso como un libro que no se vende. Lo sabía, desde luego, pero también sabía que eran éstos los tiempos en que triunfa la novela barata y que nunca me oyó hablar de algo que tenía éxito como en ciertas ocasiones me oyó hablar de algo que no lo tenía, con esas dos o tres palabras de respeto que, usadas por mí, parecían conferir más de lo que significaban corrientemente, y apagaban el tono de la discusión como preservando la verdadera belleza del secreto.

Con respecto a estas alusiones puedo declarar que por entonces, y sea cual fuere la idea que yo tenía de mí mismo como juez, nunca sentí escrúpulos en reírme del afán con que la señora Highmore perseguía la calidad a cualquier precio. Nunca, ni por un día, pudo salvarse del cruel destino de ser popular, y no había ninguna razón para que no lo fuese, aunque yo jamás contribuí a ello. El público la quería, como su marido observaba traviesamente. Y cuando intervenía en sus contratos, o luchaba por ella con sus editores, o hasta en sus más audaces gestiones con los críticos, no sospechaba que la señora Highmore tratara de conspirar contra su propio talento, o, mejor dicho, contra el mío. Asimismo, cuando la señora Highmore se proponía ser lo que llamaba sutil (¿acaso Limbert y yo no éramos sutiles?), sus perseverantes lectores no sospechaban la trampa ni reaccionaban de manera insólita: antes bien, se alzaban en el aire para morder el anzuelo que ella creyó haber sostenido muy alto y, tragándoselo alegremente de un bocado, meneaban su gran cola colectiva pidiendo con toda inocencia más. A ella no le era dado no gustar, y sus mayores refinamientos no asustaban. Yo siempre había respetado el misterio de semejantes humillaciones, pero esta mañana tuve plena conciencia de que eran la razón práctica por la cual se dirigía a mí. Por consiguiente, cuando me dijo con el

rubor de una broma atrevida en su cara bondadosa y tosca: "Si usted quisiera, podría consagrarme", comprendí muy bien su pensamiento. Pensaba que siempre, en otra época, mi penetrante y acerado juicio (como alguien hiperbólicamente lo llamó) cortó el hilo de seda del cual colgaba en la plaza la suerte de Limbert. Pensaba que mi apoyo era comprometedor, que mis elogios eran fatales. Yo había cultivado la rara costumbre de no encontrar nada en ciertas celebridades, de encontrar demasiado en ocasionales desconocidos, y de juzgar todas las cosas desde un punto de vista que, sean cuales fueren mis argumentos (y no me faltaban argumentos), era considerado maligno y oscuro. En resumen, mi amor era el amor que mata, porque mi sutileza, contrariamente a la sutileza de la señora Highmore, no hacía temblar la cola del público. Ella no había olvidado que Limbert, al final de su vida, y cuando su caso era más grave, se dirigía exclusivamente a mí, con una extraña y tímida emoción en los ojos, y me decía: "Querido amigo: esta vez creo haber dado en la diana, siempre que usted se calle". Si en aquellos días callarme era favorecerlo ante el gran público, cuya indiferencia lo había llevado a morirse de hambre, ahora romper mi silencio era ayudar a que la señora Highmore apareciese gustando a los elegidos.

De todo lo anterior se desprende la siguiente moraleja: yo había asustado demasiado al público, apartándolo de nuestro amigo, pero la señora Highmore no estaba muerta de hambre y su crasa reputación necesitaba precisamente mis servicios. Después, de una manera bondadosa y delicada, me insinuó que podría considerarse el precio de mi breve e inteligente artículo, en caso de que yo exigiera más razones. Me parece que lo insinuó con la impresión halagadora -niña mimada como es de los libreros- de que mis breves e inteligentes artículos me ofrecían una buena retribución. Había sin duda recordado que la inquietud que Limbert manifestaba por sus ganancias llevaba implícito el sacrificio de las mías. Tratándose de ella, su gratitud no traería inconvenientes de carácter pecuniario. Su gestión, los motivos que la inspiraron, su fantástico anhelo de calidad y su ingeniosa teoría acerca de mi ascendiente sobre el público me impresionaron como una excelente comedia; cuando acepté, sin saber qué decirle, me dejó los originales de su nueva novela. Los he estado mirando desde entonces -no pude alegar ningún pretexto para rechazar su pedido- y me siento francamente anonadado por lo que espera de mí. ¿Cómo supone, pobre infeliz, y quién le ha metido en la cabeza que la musa de la "calidad" haya podido asistirla más de tres minutos? ¿Por qué se figura que esta vez ha sido "artística"? No es ahora otra cosa, presumo, que lo que siempre fue. ¿Qué imagina haber suprimido? ¿Qué cree haber agregado? Nada ha suprimido ni agregado. Tendré que hacer una crítica de compromiso. ¿Qué puedo decir acerca de su libro? Es un libro que no existe. ¿Cómo impedir que sus eternos y fieles lectores se precipiten sobre él?

I

Ya gozaba del favor de los lectores cuando se acercó a mí, en la década de los setenta, para interesarme por la suerte de su futuro cuñado, basándose paradójicamente en el amor no correspondido que me inspirara su hermana. La bonita y sonrosada Maud me había rechazado, pero dentro de ese pequeño y agitado círculo yo tenía fama de ser un joven magnánimo. La bonita y sonrosada Maud, tan encantadora entonces, antes de sus disgustos, y a cuyo encanto era sensible la oscura Jane; Maud Stannace, muy literaria también, muy lánguida y terriblemente amedrentada por su madre, que había cedido -

erróneamente, según mi parcial opinión- al asiduo cortejo de Ray Limbert, a quien la señora Stannace veía con malos ojos. Para la señora Stannace era un motivo de escándalo que las dos muchachas, maculadas por la sangre de su padre, quien había publicado unos descoloridos "Recuerdos" o chatas "Conversaciones" de su padre, heredaran impertinentes aficiones literarias. Si no hija, ni siquiera sobrina, era, según entiendo, prima segunda de un centenar de condes a cuya relación se aferraba, de modo que muy otros eran sus proyectos para la brillante Maud, sobre todo cuando la exánime Jane -de tal manera juzgaba a quien después habría de escribir ochenta volúmenes- se convirtió en la segunda esposa de un ex cirujano del ejército, ya padre de cuatro niños. La señora Stannace esperaba que la bonita y sonrosada Maud separase algún candidato, que no sería echado de menos, del noble y abundante racimo. Puesto que se interesaba sólo en sus parientes, dejé de ir a su casa, uno de los pocos lugares elegantes, como una vez me lo recordó, que yo podía permitirme frecuentar. A Ralph Limbert, que no era nadie y que no había hecho nada -ni siquiera logró graduarse en Cambridge-, lo recomendaba tan sólo el enigmático hechizo que ejercía sobre su hija menor. Pero su hija menor, si es que en ella había una chispa de amor filial, no cometería la indecencia de abandonar por Ralph Limbert a una madre profundamente apegada y exasperada.

Estas cosas las supe por Jane Highmore. Como si sus libros fueran niños -no tuvo otros- esperó hasta después de casada para demostrar sus aptitudes y ya comenzaba a rodear al señor Highmore (él, por alguna misteriosa razón, compartía su fama) de una pequeña familia, en grupos de trillizos; hábilmente manejados por su complacido esposo, serían el sostén de su vejez. Maud y Ralph, en cambio, ahora formalmente comprometidos, no tenían un céntimo. No podía concebirse una pareja más enamorada. La señora Highmore, que aparte de ser bondadosa tenía un sentido profesional de las historias sentimentales, ansiaba protegerlos y conseguir un empleo decente para Ralph Limbert. Creía que yo podía ayudarla a conseguir ese empleo, aunque nada semejante hubiera obtenido para mí mismo. Pero nadie ignoraba que yo era muy exigente, mientras que el pobre Ralph, con la sencillez del genio, aceptaría cualquier trabajo, por modesto que fuera, con tal de ganar un sueldo. Si pudiera entrar en un periódico, por ejemplo, lo demás vendría por añadidura. Es verdad que sus dos novelas, una de las cuales me trajo la señora Highmore, habían pasado inadvertidas y que a ella, personalmente, no la atraían de una manera irresistible, pero con todo podía asegurarme que me bastaría tratarlo diez minutos -y nuestro encuentro debía celebrarse lo más pronto posible- para recibir una impresión de su talento en potencia.

Nos dimos cita, en efecto, no bien terminé la novela que me dejó la señora Highmore. La novela en sí, las delicadas intenciones explícitas en ella, me deslumbraron: por entonces desesperaba de encontrar algo semejante. Me atrevo a decir que yo, sin saberlo, había estado buscando con afán un autor con quien pudiera comulgar plenamente. Sea lo que fuere, cuando conocí a Ralph Limbert y su obra tuve una de las más exquisitas emociones de mi vida literaria: descubrí el sentido de una actividad en la cual podía descansar mi espíritu crítico. Este profundo y saludable descanso no ha sido turbado hasta hoy. Fue una total entrega, el lujo de no poder discernir entre lo malo y lo bueno, porque tanto la peor como la mejor de sus páginas me causaban idéntico placer. Era un caso, supongo, de armonía preestablecida, y debo agregar que me siento muy bien acompañado. Ahora somos un grupo numeroso: nos envuelve la misma paz, sentados a la sombra del mismo árbol, junto al murmullo de la fuente, protegidos del cálido desierto, y quizá

sin merecer otro reproche que la costumbre de estimar demasiado a las personas por lo que piensan sobre determinado estilo. No obstante, si estas páginas fueran la historia de mi admiración, no las habría escrito: conciernen exclusivamente al Ralph Limbert de aquella época, para mí poco menos que un extraño, o que sólo despertaba mi simpatía. Yo acostumbraba a hablar de su obra, pero rara vez hablo ahora: la hermandad de nuestra fe se ha convertido, como la de los trapenses, en una orden silenciosa. Si hasta el día de su muerte, después de terribles desencantos, la primera impresión que causaba sugería la palabra "ingenuo", es fácil imaginar lo que pudo haber sido cuando en su rostro brillaba la luz de la juventud. Nunca he visto a un hombre de genio que fuera tan modesto, a un hombre de mundo que estuviera menos a la defensiva. Cuando lo conocí, conservaba intacta su frescura. Ya comenzaba a tropezar en la vida, pero estaba lleno de grandes intenciones y de la dulce presencia de Maud Stannace. Engañosamente lánguido, de pelo negro y tez pálida, tenía ojos de niño inteligente y voz de campana de bronce. A la muchacha con quien acababa de comprometerse le atribuía aún más méritos que yo; con el andar del tiempo, comprendí que uno y otro le atribuíamos demasiados. Pero el extraño vínculo que nos unía a los tres se hizo perfectamente natural desde que reconocí cuánto más tolerante era con ella de lo que habría sido yo. Me hacía feliz que M ud no pusiera a prueba mi paciencia, y Maud, por su lado, encontraba cierto placer en mostrarse impertinente conmigo sin incurrir en el reproche de ser una mala esposa.

Limbert no ganaba dinero con sus novelas pero sí, en la medida en que puedo afirmarlo, homenajes que le robaban tiempo. Y sus novelas, entre otras servidumbres, le trajeron gracias a mí, al cabo de tres meses, *El Faro de Puerto Oscuro.* No recuerdo cómo logré que lo nombraran cronista londinense del gran periódico del Norte, a menos que alguien me hubiera ofrecido esa tarea. Quizá yo renuncié en beneficio suyo, insistiendo ante el director en que Limbert era, con mucho, el hombre más capaz. Más capaz, desde luego, era el hombre que se sacrificaba para casarse con una mujer encantadora. Ninguno de los dos servíamos, como lo demostraron los acontecimientos, pero Limbert compensaba su incompetencia con su valor. *El Faro de Puerto Oscuro* tenía dos cronistas londinenses: uno de política y otro de temas vagamente literarios. Se esperaba que ambos fueran ágiles, y se les pedía que rivalizaran en agilidad. ¡Que problema se le presentaba a Limbert al tratar de ser más ágil que Pat Moley, el cronista político de aquella época! Jamás me pareció tan candoroso como al emprender esta hazaña, cuyo resultado fue vencer a la señora Stannace: ya no podía oponerse al matrimonio.

Todo es lágrimas y risas cuando miro hacia atrás y evoco esos tiempos admirables en los que nada era tan romántico como nuestra intensa visión de la realidad. En ningún paraíso ilusorio se escuchó semejante canción de cuna. No era precisamente Bohemia sino el verdadero santuario de Mrs. Grundy[*]. Nuestro mismo sentido crítico nos volvía de una sublime indulgencia. Creíamos cumplir con nuestro deber, o deseábamos cumplirlo, y eso daba rienda suelta a nuestros sueños. Pero soñábamos sin olvidar la tabla de multiplicar: éramos, ante todo, gente práctica. Entre bocanadas de humo y súbitos pensamientos felices, ¡cuántas premoniciones sabias, cuántos escrúpulos desechados! Lo importante para Limbert era terminar su próximo libro: la admirable ocupación que había

[*] Personaje de *Speed the Plough,* pieza de Morton (1798), que ha pasado a ser como el símbolo de la decencia y respetabilidad británicas. Los personajes de la obra se refieren a ella a cada instante, preguntándose qué pensará o dirá Mrs. Grundy sobre cualquier tema; pero Mrs. Grundy nunca aparece en escena *(N. del T).*

encontrado en *El Faro* le daría tiempo y libertad para ello. Esa clase de trabajo tan humana, elástica y sugestiva era una experiencia capital: al recoger elementos para la crónica que enviaba dos veces por semana también recogía elementos de vida y, por ende, literatura. Nuevas publicaciones, nuevos cuadros, nueva gente: nada sería para nosotros bastante moderno ni bastante sagrado. E introducíamos a los autores y las obras en el salón de la señora Stannace, al cual volví a concurrir.

La señora Stannace, es verdad, sentíase en extraña compañía. No le importaban demasiado los libros nuevos, aunque algunos le parecieran bastante raros, pero se oponía decididamente a la gente nueva. Era notorio, sin embargo, que la pobre lady Robert escribía anónimamente en un periódico, y el hecho, en su conexión con el gran mundo, tenía cierta faz atractiva. Pero nosotros habíamos resuelto que para un periódico como *El Faro* todo fuera atractivo y desde todos los puntos de vista. Encontrar ese vasto material no era sólo una tarea arrebatadora sino perfectamente respetable para un hombre con un novia enamorada y una futura suegra desapacible. Las primeras crónicas de Limbert me parecieron tan encantadoras como su género lo permitía, pero no puedo negar que me desconcertaron un poco, a despecho de comprender cuán importante era hacer concesiones, la rapidez con que se había adaptado al tono del periódico. Había que adaptarse, desde luego; sin embargo, ¿por qué tan de prisa? Como decía Maud Stannace, Limbert era más despierto de lo que ella misma esperaba. Convenía poseer en cierta dosis la sagacidad de la serpiente. Le pedían periodismo; pues bien, les daba periodismo; tenía que ser voluble; pues bien, era voluble. En ocasiones -¡tonto de mí!llegué a ruborizarme por algunos de sus aciertos. Lamentaba que fuese tan indiscreto... ¡Pero si eso le permitía progresar! No a él, directamente, pero sí al libro, y al libro reducíamos desde un punto de vista práctico y en un sentido estricto nuestras puras ideas sobre el progreso. Todo fuera por el libro. Entretanto, como un bálsamo cotidiano, recibíamos excelentes noticias: junto con los silenciosos cheques mensuales de *El Faro* acrecían los preparativos color de rosa de Maud, tan delicados, en su pequeña escala, como los de un picaflor que hace su nido. Por fin, cuando al cabo de tres meses su novio trabajaba regularmente en el periódico, cosa que a todos nos llenaba de alegría excepto a la señora Stannace, decepcionada y posiblemente celosa, cuando la situación, por fin, había tomado un cariz tan amable, se fijó la fecha del casamiento. Por entonces yo publiqué mi primer libro, hoy justamente olvidado, una breve colección de impresiones literarias, ensayos críticos aparecidos en un diario menos remunerativo pero también menos "voluble" que *El Faro,* pequeñas ironías y éxtasis, grandes frases y errores, y esa misma semana el pobre Limbert le consagró la mitad de su crónica, con la feliz certeza de complacemos mutuamente y de alegrar el desayuno de los lectores de Puerto Oscuro. Lo que había escrito sobre mí -recuerdo que me dijo- no era literatura sino periodismo, periodismo superficial. Pero, ¿qué importaba eso? ¿Acaso no sabíamos que de una manera vaga, indirecta, redundaba en beneficio de la literatura? Yo había cobrado diez libras por mi reciente volumen y con ese dinero compré en Vigo Street un bonito objeto de plata antigua para Maud Stannace, que le llevé personalmente como regalo de boda. En la salita de su madre contemplé una marchita glorieta de pálidas fotografías con los marcos unidos entre sí, formando un biombo, del cual surgían personas elegantes que firmaban ostentosamente al pie de su imagen, y me observaban con sus ojos retocados desde pequeñas ventanas de felpa. Esperé, esperé el tiempo suficiente para sentir en la atmósfera la tenue vibración del desastre. Cuando Maud Stannace entró, también estaba muy pálida y sus ojos habían sido retocados.

-Algo malo ha sucedido- dije. Como sólo creía a medias en el relativo consentimiento de su madre, me animé con un indiscreto gemido a mencionar a la señora Stannace.

-Sí, hizo una escena horrible. Insiste en que posterguemos el casamiento. Somos muy desgraciados: al pobre Ray lo han despedido.

Y sus lágrimas volvieron a correr.

Me sentía tan tranquilo, que la miré con asombro.

-¿Despedido de dónde?

Del diario, por supuesto. *El Faro lo* ha puesto en la calle. Sus crónicas no gustan. No son del estilo que quieren.

Mi confusión iba en aumento.

-Entonces, ¿en qué estilo las quieren?

-Quieren algo más fácil.

-¿Más?- exclamé despavorido.

-Más chismoso, más indiscreto. Quieren "periodismo". Quieren algo terriblemente barato.

-¡Pero eso son sus crónicas!

Era fuerte, y me contuve. Pero la muchacha me ofreció el perdón de su hermosa y vaga sonrisa.

-Lo mismo dice Ray. Dice que había caído tan bajo...

-Pues bien, entonces debe caer más bajo aún. Debe conservar su puesto.

-¡No puede!- sollozó la pobre Maud. -Dice que ha hecho todo lo posible, que ha sido abyecto, que se ha arrastrado como un gusano. Y que si eso no les gusta...

-¿Acepta irse?- murmuré consternado.

Se alzó trágicamente de hombros.

-¿Qué otro camino le queda? Les ha escrito diciéndoles que el trabajo que ha hecho para ellos es lo peor que puede hacer por dinero.

-Entonces- insistí con alguna esperanza, -¿le ofrecerán más por hacer algo peor?

-De ninguna manera- respondió.

-Ni siquiera le han ofrecido que continúe con menos sueldo. No lo consideran bastante divertido.

Reflexioné un momento.

-Pero algo como la crónica en que hablaba de mi libro no puede...

-Su bendito libro fue la última gota. Lo debió haber tratado superficialmente.

-Bueno, si no les parece...!- comencé. Pero de nuevo me contuve. -*Je vous porte malheur*- dije.

Sin negarlo, continuó:

-¿Qué va a hacer ahora?

-¡Algo bastante mejor! ¡Escribir!

-Pero, ¿con qué nos vamos a casar?

Reflexioné un momento:

-Se casarán con *El tono mayor.*

II

El tono mayor era la nueva novela; lo importante, terminarla. El dinero ganado en *El Faro* había preparado en cierta forma el camino para llevar a cabo esta obra. La conducta

del diario fue un rudo golpe, pero yo no sabía entonces lo peor; no sabía que, además de un golpe, era también un indicio, el primer indicio de las dificultades a las que el pobre Limbert habría de sucumbir con el tiempo. Como no presintió sus consecuencias, estaba en el mejor de los mundos. Las dificultades son la ley de la vida: ¿no había que agradecer al cielo que surgieran con motivo de sus colaboraciones en el atroz periódico? Pero aún nos faltaba presenciar la dificultad más seria, *El tono mayor,* es decir las humillantes acrobacias que podrían significar convertirlo en peniques. Mi amigo, con su amable carácter, no las tomaba en cuenta. Sentíase un poco deprimido, es verdad, por su fracasado ensayo de ser "voluble". Era triste, sin duda, haberse visto en la necesidad de tascar el freno, y más triste aún de que no le hubiera servido para nada. Pero en adelante no existirían frenos. El único éxito válido es aquel en consonancia con nuestro verdadero temperamento. La consecuencia implica distinción, ¿y qué es el talento sino el arte de mostrarse en armonía consigo mismo? Nuestra obra manifiesta nuestro espíritu, o nada manifiesta. Recuerdo con simpatía que por entonces cambiamos estas admirables observaciones y muchas otras. Éramos felices a pesar de sentirnos postergados y desconocidos, a pesar de vislumbrar por momentos que hasta nuestras calculadas e ingeniosas necedades estaban muy por encima del vulgo. Era fácil ahuyentar los espectros reflexionando en que todo lo que debíamos hacer era no escribir para el vulgo, y Limbert no escribía ciertamente para el vulgo mientras trabajaba en *El tono mayor.* La literatura sólo se corrompía al ponerse en contacto con cierta atmósfera, y a esa atmósfera, precisamente, habíamos cerrado nuestras ventanas. La señora Stannace, hasta ese momento desmayada sobre sus ajados almohadones, se puso en pie no bien logró la postergación del matrimonio, y el que no hubiera logrado nada más le parecía a Maud, pálida y orgullosa, una suerte de victoria que demostraba la fortaleza de su ánimo. Era verdad, máxime tratándose de una muchacha a quien le habían enseñado a ser, por sobre todas las cosas, tan suave y complaciente como una flor. Y Ray Limbert, desde ese momento, se convirtió en el esclavo de sus delicadas y profusas necesidades. Pero ella le había hecho un don generoso, casi maravilloso, y lo afirmo recordando cuántas mujeres sensibles, entonces y después, admiran su obra de escritor. La muchacha con quien iba a casarse no sólo estaba enamorada de él: había visto mejor que nadie lo que él era capaz de hacer. Eso era lo extraordinario. Y lo más extraordinario era que no quería que hiciese nada diferente. Su devoción, basada en una confianza ilimitada, reclamaba naturalmente milagros como todo acto de fe. Para un poeta era una esposa exquisita, aunque tal vez no fuera la más adecuada para un hombre pobre.

Pues bien, tendríamos toda clase de milagros y estábamos en las mejores condiciones para recibirlos. Cada día aumentaba nuestro número, y hasta nos formábamos una alta idea de los sin guiares trabajos que hacía nuestro amigo para ganarse el sustento. No encontró nada como *El Faro,* pero sí algunas revistas más o menos apacibles donde pudo colocar sus artículos. Atizando constantemente el fuego y mirando por la ventana, no era sin duda un polígrafo, un monstruo de facilidad; era, en cambio, un monstruo de certeza, y quizá gracias a cierto método que había en su locura. No todos, sin embargo, se daban cuenta de ello: los directores de muchas revistas le pedían que escribiera, pero una sola vez. Estaba adquiriendo una pequeña reputación como el hombre indicado para escribir la primera vez: su colaboración inspiraba oscuros recelos acerca de lo que podría suceder la vez siguiente. Servía para causar impresión, pero nadie parecía saber exactamente qué objeto tenía la impresión causada. La razón era simple: aún no había aparecido su

próximo libro, *El tono mayor,* esa rosa ardiente que nosotros, en privado, observábamos formarse pétalo tras pétalo, llamarada tras llamarada. Excepto su libro, nada tenía importancia, y le habían prometido editarlo en excelentes condiciones. Mucho se habló sobre esta oferta en el salón de Jane Highmore, cuyas rosas, sí, despuntaban todos los años y cuya vida social iba en aumento con sus éxitos. En casa de Jane Highmore creíamos encontrar a "todo el mundo" (así pensábamos, naturalmente, cuando nos encontrábamos entre nosotros). Ray Limbert y ella habían estrechado gran amistad, sólo empañada porque su marido lo miraba con desconfianza, cuando lo llamaban inteligente; este personajes quería saber qué "ofrecía" para demostrarlo y, desde luego, no había comparación entre lo que Ray Limbert y Jane Highmore ofrecían. El señor Highwore tomaba en cuenta el trabajo realizado. Como quien se calienta al fuego de una chimenea, levantaba las colas de su levita y, la conciencia tranquila, se ponía de espaldas a la pulcra biblioteca donde varias generaciones de trillizos estaban cronológicamente ordenadas. La armonía entre su mujer y su futuro cuñado se basaba en el hecho, como lo he insinuado ya, de que a cada cual le habría gustado mucho ser el otro. Limbert apreciaba necesariamente a una mujer que, aparte de ser la mejor criatura del mundo y el sostén de su hermana menor, habría tenido, en caso de condescender a ello, tanto éxito en *El Faro.* Por su lado, la señora lo decía sin ambages:

-Hará exactamente lo que yo quiero hacer, ¿se dan ustedes cuenta? Nunca lo haré yo misma, pero él sí. Hará mi obra, y lo odiaré por eso. ¡El miserable!

Hablaba en broma, claro está. Lejos de odiarlo, el miserable le agradaba mucho

Consiguió que su editor le prometiera publicar *El tono mayor* y le pagara a Limbert una importante suma, dando por cierto que el libro tendría éxito. La buena noticia llegó al final de la tarde, en casa de la señora Highmore, cuando sólo quedábamos tres o cuatro personas íntimas y muy pocos cigarrillos. Pero había mejores noticias que yo traje y reservé, pensando en el efecto que causarían, para un grupo selecto. Ahora, el grupo selecto era cada vez más numeroso.

Pero mi revelación no se dirigía a todos, sino a ciertos miembros del grupo, entre los cuales estaba Limbert, por supuesto, a quien pedí otro cigarrillo antes de anunciarle que a consecuencia de una entrevista que había tenido aquella misma tarde y de un sutil argumento que esgrimí con eficacia, la perla de los editores, el editor de la señora Highmore, estaba de acuerdo en anticipar la novela en su revista y en pagar por este privilegio una suma equivalente. Suscité un rosario de balbuceos que por fin se articularon en palabras, pero al pobre Limbert le falló la voz (no ignoraba que nos volveríamos juntos) y fue otra persona quien preguntó cuál era mi sutil argumento. He olvidado qué florida invención hice entonces, pero hoy no tengo por qué ocultarlo. Mi alegato se basó, sencillamente, en que el libro era admirable. Le había dicho:

-Vamos, mi querido amigo, sea audaz. ¡Arriésguese! El querido amigo pareció ponerse a la altura de las circunstancias, y yo consolidé mis posiciones previniéndole, con toda decencia, de que no se hiciera ilusiones sobre la naturaleza de la obra. Se aferró interrogativamente a dos o tres peros, que yo aparté dejándolo frente a frente con la formidable verdad: era, ni más ni menos, una joya.

¿No se atrevía a recogerla? El peligro que corría pareció actuar sobre él como la anaconda sobre el conejo; fascinado y paralizado, la rosada garganta lo engulló. Cuando una semana antes, accediendo a mi pedido, Limbert me dejó por un día el manuscrito completo, primorosamente copiado por Maud Stannace, yo había enrojecido de

indignación pensando que el autor de tales páginas no tenía los medios necesarios para casarse. Enardecido, me puse en campaña para reparar este escándalo, y directamente por mi culpa, tres semanas después, al empezar a publicarse *El tono mayor,* la señora Stannace fue puesta entre la espada y la pared. Para que el matrimonio se llevara a cabo, había exigido una entrada fija, y esa entrada fija se lograba por fin.

Tenía que reconocerlo, y después de mucho desconsuelo entre sus fotografías lo reconoció hasta el punto de aceptar la ventaja que significaba vivir con la nueva pareja, contribuyendo cada parte proporcionalmente a los gastos de la casa. Jane Highmore insistía en que no dejaran sola a su madre, y la señora Stannace determinó la proporción que Limbert, a pesar de sus muchas fluctuaciones económicas, no alteraría jamás. Determinó esta proporción con un espíritu de venganza: se había rebajado tan dolorosamente al hecho, que después de admitirlo descansó sobre su esfuerzo y no volvió a tocar el tema. La publicación por entregas de *El tono mayor* duró largo tiempo: antes de que terminara, Limbert y Maud se casaron y el hogar común quedó establecido. Los primeros meses fueron sin duda los más felices en los anales de la familia, con las campanas de la boda y los frescos laureles, el curso apacible y regular del libro y la amistosa nota familiar, a la vuelta de la casa, de los éxitos resonantes de Jane Highmore. Esos meses le permitieron a Ralph esbozar otro libro, así como darme la feliz noticia, al cabo de algún tiempo, de que sería padre. A veces discutíamos acerca de si *El tono mayor* causaba o no impresión, pero hasta no ponernos de acuerdo sobre qué debe entenderse por causar impresión, nuestras diferencias sólo podían ser fútiles. Varias personas le escribieron y varias pidieron serle presentadas: ¿era eso causar impresión? Algún vivaz "semanario", tratando de herir a las tediosas revistas "mensuales", dijo que la obra era "crasamente antiartistica : ¿no era eso causar impresión? En otro lado la proclamaron "un estudio de caracteres maravillosamente sutil": ¿no era eso tampoco? Pero el efecto más intenso lo recibió sin duda el editor cuando por fin el libro, en sus tres tomos de color limón, le fue servido en frío como tres natillas en una pequeña fuente: nunca recuperó su dinero y, en la medida en que puedo afirmarlo, nunca lo ha recuperado hasta hoy. La novela de Limbert, más que un gran éxito, fue una gran hazaña. Convirtió a los lectores en amigos y a los amigos en adoradores; colocó al autor fuera de discusión, como se dice; pero en materia de venta desapareció en la oscuridad. Era, en resumen, una obra exquisita, pero que dudosamente merecía publicarse desde el punto de vista económico, e incapaz, sin duda alguna, de permitir que un matrimonio viviera a su costa. Dada la intervención que tuve, me pusieron muy al tanto de lo sucedido. Jane Highmore insistió en que el segundo volumen le había inspirado ideas, y esas ideas tal vez se encuentren en alguna de sus novelas a cuya circulación es posible que hayan contribuido. La obra de Limbert no era de ningún modo el libro que ella se proponía escribir, pero estaba en camino de escribirlo. Lo había advertido sobre todo, me informó, a la luz de un estudio crítico que yo publiqué en una pequeña revista, que el editor, en sus anuncios, citó profusamente, y sobre el cual se tejió la absurda historia de que estaba escrito por el mismo Limbert. Cuando pregunté cómo había nacido tan ridículo infundio, recuerdo que me contestaron:

-Oh, sabe usted, es exactamente la forma en que él lo habría escrito.

Mi espíritu quizá decayera un poco al reflexionar que semejantes analogías en la forma pudieran conducirnos al mismo destino.

Tal sería, en todo caso, el destino de Limbert, a menos que algo pudiera hacerse para remediarlo: lo comprendimos paulatinamente en los cuatro o cinco años siguientes. En

primer término, necesitaba escribir otro libro, el libro que mejorara las cosas, justificara de verdad la carga que se había echado sobre los hombros y llegara a expresar consumadamente su talento. Ya sus recursos empezaban a escasear. Para los libros que sucedieron a El tono mayor tuvo que aceptar, inevitablemente, condiciones nada brillantes. Con tres hijos, una mujer delicada, y una complicación aún más grave que aquéllas, era de fundamental importancia que un hombre diera lo mejor de sí. Limbert, hiciera lo que hiciese, daba lo mejor de sí. En todo caso, yo lo pensé siempre, e infaliblemente lo dije, aunque mis palabras, Dios lo sabe, no mejoraran las cosas. Todo el mundo también lo decía, y entre tantas preocupaciones quedaba siempre el consuelo de saber que su posición estaba asegurada. Los dos libros que sucedieron a El tono mayor influyeron más que nada para asegurarle esta posición, y Jane Highmore vivía exclamando: "¡Es usted único, querido Ray! ¡Absolutamente único!" Acerca de su posición, en verdad única, al querido Ray no le quedaba la menor duda en sus débiles disputas con los editores. Su cuñada, que le daba buenos consejos en materia de contratos, era un depósito de insinuaciones inteligentes, de sabiduría esotérica. Sus consejos versaban sobre la mejor manera de "trabajarse" una reputación, como solía decir, utilizando cierta perspicacia. Salvo raras veces, cuando manifestaba el deseo de hacer algo para sí misma, al estilo de Limbert, nunca la oí distinguir entre el interés literario y el pecuniario. Le daba ánimos, estimulaba su orgullo, recordándole que en este mundo estúpido nos estiman con la idea que tenemos de nosotros mismos, y que hasta con nuestros admiradores era un error fatal ser demasiado ingenuos: había que aparentar prosperidad y dar a entender que los libros que escribimos son un éxito de venta. Al escucharla, se hubiera pensado que en la literatura todo era cuestión de bluff. Nuestra idea, sean cuales fueren sus comienzos, estaba destinada a terminar obteniendo en los periódicos un comentario elogioso. "Yo pretendo, le aseguro, que su éxito es meteórico. Al menos, puedo hacer eso por usted", declaraba a menudo, ya que el señor Highmore se oponía terminantemente a que la señora Stannace viviera con ellos.

Debo considerar a esta señora como la mayor complicación en la vida de Limbert: apenas le dejaba un estrecho margen para moverse, y nuestro amigo, dentro de ese margen, se veía obligado a realizar su obra como mejor pudiera. Quizá me equivoco en la impresión de que le estaba siempre encima, en el doble sentido material y espiritual de la palabra, porque Limbert, a pesar de no ser hombre de seguir adecuadamente los consejos de Jane Highmore, retenía exasperadas confesiones y levantaba insuficientes cortinas sobre la intimidad de su hogar. Quizá yo exagero retrospectivamente sus disimuladas angustias porque estos años fueron, después de todo, aquellos en que su talento se expresó con mayor frescura y durante los cuales, como escritor, siguió sin fluctuaciones su camino. No hablábamos precisamente de la señora Stannace ni, más adelante, de su propia mujer, en esas largas conversaciones que sosteníamos de tarde en tarde en su rinconcito, del cual pasábamos, como solíamos decir, al parque. El parque era el jardín trasero de la casa y hasta el estudio de Limbert, contiguo al comedor, llegaba el alboroto de los niños que tomaban el té. A veces nos refugiábamos para charlar en un banco, entre los arbustos, desde el cual podíamos ver, en una ventana de arriba, agitarse la cabeza de la señora Stannace con su peinado en forma de tiara. Dentro o fuera de la casa, la vida de Limbert estaba amenazada por una región abrumadora que solía figurar en su conversación, de un modo general y resignado, como "el piso de arriba". Allí, en el "piso de arriba", se preparaba la tormenta; allí la señora Stannace llevaba sus cuentas y su

ceremonial; allí la señora Limbert tenía sus hijos y sus jaquecas; allí los timbres sonaban incansablemente llamando a las criadas; allí sucedía todo lo apremiante que Limbert debía resolver de alguna manera, pluma en mano, en su cuartito al nivel del jardín. No creo que le gustara subir, pero no necesité que me hiciera confidencias para comprender que sus terribles esfuerzos iban dirigidos al piso de arriba. Las mujeres de la familia Stannace tenían costumbres de grandes señoras, y no he conocido otra casa con tres criadas y una institutriz que diera la impresión de una servidumbre más numerosa. "¡Oh, son tan diabólicamente, tan ancestralmente refinadas!", se le escapó a Limbert en un momento de angustia. Pues bien, a causa de que Maud era tan universalmente refinada, ambos nos habíamos enamorado de ella. Y Limbert no lo decía en tono quejoso: ningún inconveniente doméstico podía oscurecer la felicidad de aquellos años, la felicidad que nos acompañaba mientras conversábamos y que daba siempre interés a nuestras palabras, la sensación de que le estaba pisando los talones al éxito, acercándose a él más y más, tocándolo por fin y sabiendo que habría de tocarlo de nuevo hasta poder asirlo para no abandonarlo nunca. Claro está que por éxito no entendíamos exactamente lo mismo, por ejemplo, que la señora Highmore. Limbert solía citar una definición mía. Yo había escrito, no recuerdo dónde, que un artista de su talento lo alcanza si logra expresar a la perfección un tema admirable. Pues bien, ¿acaso Limbert no había alcanzado esa perfección?

III

Al llegar a esta perfección, sin embargo, el cambio se produjo como un estallido. No diré el cambio de su fortuna -¿qué importaba eso?sino de su fe, de su estado de ánimo y, más exactamente, de su método. Mientras escribo estas páginas recuerdo la noche que vislumbré el primer indicio. Los encontré a los dos en una cena: eran cenas que habían alcanzado ese penúltimo grado que, teóricamente, es una selección imperiosa; en la práctica, una descolorida sumisión. Era también a fines de temporada, y espíritus más enérgicos que ellos estaban agotados. La noche era sofocante: la conversación de los comensales se limitaba a rechazar los platos; su apetito, a oler el perfume de alguna flor. Me sorprendió, pues, encontrar a la señora Limbert más animada que nunca. Tan vívida como una página de su esposo, irradiaba uno de esos hálitos de frescura que son el milagro de su sexo y estaba envuelta en uno de esos costosos vestidos que son el milagro del nuestro. Tenía asimismo una elegante berlina en la que había ofrecido salvar a una vieja señora de un destartalado coche. Cuando ambas se fueron le propuse a su marido, a quien encontré en la puerta, que volviéramos caminando. No anduvimos demasiado sin que me confiara que tenía noticias para mí: él, tan luego él, había aceptado un puesto en una editorial. Le hicieron la proposición ese mismo día y tuvo que responder de una hora a otra, sin tiempo de pedir consejo ni reflexionar. El señor Bousefield, propietario de una revista mensual de "gran categoría", dando, como se dice, un súbito viraje, se había precipitado sobre él. Las cosas no se presentaban mal: había de por medio un sueldo y una idea; ambos, al parecer, bastante elevados. Caminábamos lentamente por las calles desiertas, deteniéndonos bajo los faroles, y yo, a través de las explicaciones que me dio Limbert y de las inducciones que hice, callé el presentimiento del amargo desenlace. Me dijo más de lo que me dijera hasta entonces. No podía equilibrar su presupuesto: eso era lo grave. Sus gastos eran excesivos. Las necesidades del último año, alcanzando una fuerza

abrumadora, lo habían tumbado de espalda. Era imprescindible que por fin hiciera dinero, y debía trabajar exclusivamente para ganarlo. Se había formado un plan: esta vez no ignoraba cómo habría de proceder. Cuando tuviéramos ocasión y tiempo, me lo explicaría. Si el plan fracasaba, él y Maud deberían hacer algo fundamental: cambiar de vida, irse de Londres, alquilar una casa de campo por treinta libras anuales, poner a los niños en un internado. Lo noté excitado, y Limbert lo admitió. Había salido de un estado como de hipnosis. Hasta entonces anduvo por el mal camino, cometió error tras error. Y ahora lo excitaba la imagen de su nuevo plan. Inefable, grotescamente sencillo, se le había ocurrido uno o dos días antes. No, no me diría cuál era. Me daba la noche para adivinarlo, y si yo no lo adivinaba sería porque era un tonto igual a él. Pero un hombre solo podía permitirse el lujo de ser tonto. Él, en cambio, tenía que aguantar sobre los hombros una pesada carga. En cuanto a la editorial, que le había caído del cielo, no era de ningún modo el caso de *El Faro* sino el opuesto. Su propietario, el poderoso señor Bousefield, se había dirigido a él precisamente porque su nombre, que habría de figurar en la cubierta, no representaba lo trivial, lo "voluble". De lo que se trataba era de hacer -con cierta gracia, desde luego- una protesta contra lo trivial, contra lo "voluble". Bousefield quería que Ray Limbert continuara siendo el mismo: por eso lo había elegido. ¿No era, por parte de Bousefield, un gesto admirable y valeroso? Bousefield quería literatura, veía aproximarse la gran reacción, el nuevo camino por donde habría de tomar la literatura. "Pero, ¿dónde encontrará usted literatura?", pregunté dolorosamente. A lo que contestó, riendo, que no tenía que obtener literatura sino lo que Bousefield consideraba tal.

En esta simple frase y sin mayor trabajo descubrí su famoso plan. Lo que tendría que hacer en el futuro no sería su obra sino lo que alguien consideraba su obra. Lo discutí con él más adelante, y de todas nuestras vivaces discusiones ésta permanece en mi recuerdo como la más animada que sostuvimos. No porque me opusiera a su conclusión sino por la huella tan honda que dejaron en mi alma sus desdichadas premisas. Resultaba fácil decir con Jane Highmore que Limbert era único, absolutamente único: su impar eminencia lo había llevado al borde de la ruina. Muchas personas -era indudable- admiraban sus libros, pero parecían oponerse radicalmente a suscribirse a ellos, o a comprarlos; los mendigaban, o los pedían prestados, o los robaban, o quizá delegaran en uno del grupo la tarea de aprenderlos de memoria y declamarlos, como los bardos de la antigüedad, a las multitudes atentas. Se necesitaba de cualquier manera alguna ingeniosa teoría que explicara el restringido e inexorable ámbito de su circulación. No podían vivir de sus libros cinco personas; por consiguiente, o debía cambiar la naturaleza de los objetos en circulación, o la de los organismos que se alimentaban de ellos. El primer cambio era más fácil de contemplar que el último, y así lo hizo Limbert, con soberano candor, y este candor, todavía más grande que el que tuve ocasión de admirar en él muchas voces, dio tanta riqueza y expectativa a la próxima etapa de su carrera.

En horas confidenciales me decía:

-He estado dándome de cabeza contra la pared como un tonto, y usted, mi querido amigo, ha estado ayudándome a que hiciera el tonto. Nos pasábamos hablando de "éxito", Dios nos ayude, como monjes que cantan en un coro, con la dulce ilusión de que habríamos de encontrarlo en el trabajo mismo, logrando expresar un tema, como usted decía, o haciendo más intensa, como alguien ha dicho no sé dónde, nuestra propia voz. Hemos creído, en resumen, que lo único que teníamos que hacer era aceptar la ley de

nuestro talento, y que las consonancias esperadas no se producían por la sencilla razón de que no éramos bastante lógicos Mi desastre me ha servido, y lo merezco por haber usado aquella innoble palabra. Es una palabra de viajante de comercio, de buhonero. ¿Qué es, al fin y al cabo, el "éxito"? Cuando un libro está bien, está bien, y es una vergüenza que no lo esté. Cuando se vende, se vende, y da dinero como las patatas o la cerveza. Si en un sentido hay deshonor, y en el otro inconvenientes, es ciertamente cómodo, pero en modo alguno glorioso, haber eludido ambos. Las personas delicadas no se jactan de su probidad o de su suerte. ¡Al diablo el éxito! Quiero que mis libros se vendan. Es una cuestión de vida o de muerte. Tengo que estudiar el método. He estudiado demasiado el método opuesto. Ahora conozco su camino, palmo a palmo. Necesito cultivar la plaza. Es una ciencia como cualquier otra. Tengo que ser infernalmente astuto. Será muy divertido, lo presiento. Llevaré una vida intensa y me pondré al frente de una gran industria. No he sido fácil: debo ser fácil. No he sido popular: debo ser popular. Es otro arte, o quizá no sea arte, de ningún modo. Es algo distinto: tengo que descubrir qué es. ¿Es algo extremadamente raro? ¿Se ruboriza usted? ¿Algo apenas decente? ¡Mayor incentivo para la curiosidad! La curiosidad es un motivo inmenso. Nos divertiremos extraordinariamente. "Todos lo hacen": ¿no es ésa la letra de una canción? Pues bien, ¿cómo hacerlo? Tengo, desde luego, muchísimo que olvidar. Pero, ¿qué es la vida, como dice Jane Highmore, sino una lección? Tengo que tomar de Jane todo lo que pueda y todo lo que ella pueda darme. Jane no puede explicarse mucho: es pura intuición; sus procesos son oscuros; la inspiración desciende sobre ella y se apodera de ella. Pero yo debo estudiarla reverentemente en sus obras. Sí, usted me desafió a que la leyera, pero ahora estoy obligado a leerla. Declaro que voy a leer uno de sus libros. Le prometo que lo haré. ¡Y lo voy a terminar aunque perezca!

No pretendo que hiciera de una sola vez todas estas observaciones, pero no dejó de hacer ninguna de ellas en un momento u otro porque nos veíamos a menudo mientras consagraba su vida a esta nueva necesidad. No era que tuviera o no mi simpatía intelectual, como se dice: la fuerza bruta de las circunstancias impedía que lo juzgara, y yo me limitaba a estudiar sus emociones como a través de una lupa. Lo observaba como hubiese observado una larga carrera o una partida de caza, poniéndome irresistiblemente de su parte, aunque muy ocupado en calcular sus posibilidades de éxito. Confieso haber tenido a menudo el corazón en la boca mientras él cubría esa interminable distancia. Lo veía correr por la llanura deslumbrante, doblar sus fuerzas, adelantarse, virar, ganar, perder, y durante todo el tiempo, en secreto, perduraba mi convicción: quería que pudiese mantener su hogar, pero en el fondo no ignoraba que si lograba triunfar con su actual método, sentiría por él menos estima. Y eso me inspiraba un absoluto terror. Mientras tanto, en todo lo que podía, lo sostenía y ayudaba. Tanto más cuanto que lo había prevenido desde el comienzo, con una sonrisa que él, en su bondad, no encontró exasperante, sobre la presunción de que a un hombre le fuera dado escapar de sí mismo. Ray Limbert, de todos modos, no escaparía jamás de sí mismo. Pero uno podía simular por él, y simular arduamente, que el señor Bousefield era una bendición. Ralph estaba encantado de poder darme también la oportunidad -oportunidad tan milagrosamente concedida- de colaborar con cierta frecuencia. No le importaba que mi firma apareciese a menudo, pues, ¿no estaba yo, acaso, en el camino que, según el señor Bousefield, iba a tomar la nueva literatura? Esto era lo menos que podía hacer por mí. Y yo podía escribir sobre lo que quisiera, absolutamente sobre todo... menos sobre el nuevo estilo de Limbert. Él no

quería dirigir la atención del público sobre este segundo estilo. Era necesario actuar en forma solapada, dejarle creer al público que lo había descubierto por sí mismo desde hacia mucho tiempo. "¿Ralph Limbert? Por supuesto, ¿cuándo hemos podido vivir sin él?" Eso deseaba que dijeran. Por lo demás, el público detesta los nuevos estilos, y no hay que despertar al gato cuando duerme. Había convenido con el señor Bousefield -y no necesitaba insistir en ello: era este hombre excelente quien insistía- en que publicase en la revista, por entregas, una de sus magníficas novelas. Respecto de la calidad de su próxima novela, Limbert se mostraría menos exigente que con el resto de las colaboraciones. He aquí otro de los motivos por los que yo no debía escribir sobre su nuevo estilo. No había que poner en guardia al señor Bousefield de que una revista semejante estaba expuesta a prostituirse. Cuando lo descubriera por sí mismo, el público -*le gros public*- habría mordido el anzuelo, y quizá entonces el señor Bousefield se mostrara conciliador y perdonara. En resumen, todo sería de primera calidad, y yo por encima de todo; sólo Ralph Limbert no lo sería; lo dio por sentado desde el primer momento. Sería vulgar, vil, abyecto. Sería deliberadamente lo que no había sido antes.

A su debido tiempo advertí que le daba más trabajo de lo que habría pensado conseguir que "todo lo demás" fuera de primer orden, pero su dificultad estaba ampliamente compensada por la rapidez con que logró no exceder sus propios límites. Había aprendido bien la vieja lección de *El Faro:* recordaba que estaba en ese puesto para bajar, y no para subir, el nivel de sus colaboraciones. A veces me parecía que llevaba las cosas demasiado lejos, pero me instó a no afligirme: tenía su límite, y su límite era inexorable. Reservaría la vulgaridad absoluta para su novela, que lo hacía sudar sangre; el material restante obtendría las mejores notas; sería de esa mediocridad que ata, que gusta. Bousefield, admitió, era orgulloso, difícil: nada le parecía bastante bueno salvo lo medianamente bueno. Limbert, sin embargo, estaba preparado para los comentarios adversos y resuelto a proseguir en su noble camino. Si desde arriba lo acusaban de ligereza, su fuerza consistiría en destacar mis colaboraciones. Por consiguiente, Yo debía dejarme ir, abundar en mi propio sentido. Yo debía ser su recurso en caso de accidente. Su idea del accidente era que el señor Bousefield advirtiera de pronto lo que el director de la revista planeaba en materia de literatura de imaginación. Entonces habría de confesar con toda humildad que no era eso, en efecto, lo que su viejo amigo quería, pero ahí estaba yo para ser presentado como un ejemplo saludable. Yo cruzaría el escenario con una colaboración ostentosamente ardua, espléndidamente impopular. Yo debería estar seguro de tener a mano, siempre, alguna colaboración de ese género. Y como yo tenía muchas colaboraciones de ese género, el pobre Limbert no necesitaría preocuparse: todos los meses, gracias a mí, la revista estaría en condiciones de responder con éxito a la posible acusación del señor Bousefield. Conversando con Limbert, el señor Bousefield había admitido, después de numerosas consideraciones, que estaba resuelto a ser perfectamente humano, pero había agregado, asimismo, que no estaba resuelto a que abusaran de su mansedumbre. Yo me sentía capaz de todo menos de semejante abuso, y aunque proyectara alcanzar mayor eco -oculté estas intenciones a mi amistoso director-, me atrevo a decir que tenía más confianza en mi trivialidad que en la de Limbert. Sin embargo, estaba seguro de poder exhibir el odiado recurso en que él se basaba, en caso de accidente, su salvación como director. Y lo exhibí mes tras mes con monstruosa ligereza, sólo pidiendo al cielo que mi director no me dijera, como me había dicho otras voces, que el resultado era excelente. No ignoraba lo que significaría. Significaría, en una palabra, el

desastre. Lo que me dijo de todo corazón era que mis trabajos llenaban justamente las necesidades de su juego. Su nueva manera había traído consigo cierta formal presunción -formal, salvo cuando bromeábamos en privado- sobre el empleo de las locuciones adecuadas para una empresa realmente audaz. Si yo lograba mantenerlo a ciegas, así como él mantenía a ciegas al señor Bousefield, tal vez alcanzara un relativo éxito: cada caso, pues, ofrecería al otro una promisoria analogía. Y como él nunca advertía mi descenso, tal vez el señor Bousefield no advirtiera el suyo. Pero, ¿acaso alguien lo advertía? Esta pregunta agregaba un matiz de expectativa a nuestro propio sentido crítico. Tantas cosas dependían de la pregunta que me aliviaba no conocer en seguida la respuesta. De hecho esperé un año, el año de prueba que Limbert había obtenido sagazmente del señor Bousefield, ese año durante el cual, gracias a su extraordinaria astucia, el señor Bousefield no habría de intervenir en la revista. Limbert nos había rogado que durante ese año lo dejáramos solo. Le aterrorizaba mi juicio. Los rayos de mi crítica -según él, excesivamente intensos- eran siempre operantes. Lo explicaba por el hecho de que yo lo comprendía demasiado bien, volvía demasiado explícitas sus intenciones, lo engrandecía demasiado. Y mientras más vuelo daba a su obra, menos su obra se vendía. Lo interpreté, positivamente, en el sentido de que mi crítica le era siempre fatal.

De acuerdo con su deseo, no hablé sobre su obra. Más aún, cerré mis ojos y mis traicioneros oídos. Él indujo a muchos de nosotros a que hiciéramos lo mismo -de tales devociones éramos capaces- de modo que, sin echar una ojeada a sus páginas mes tras mes y sin oír nada sobre ellas fuera de su ansioso y avergonzado silencio, sólo participé vagamente en el susurro que hubo en torno de su sacrificio. Corría la voz de que el público recibiría una sorpresa; se insinuaba, se escribía que estaba haciendo una desesperada apuesta. "Había planeado su nueva obra -decían- para obtener una aceptación más general". Estas noticias produjeron gran reprobación en determinados sectores y sobre todo, pienso, en ciertas personas que jamás lo leyeron, o que nunca habían gastado un penique por él y que estaban pendientes durante horas de las atracciones que les ofrecía el mismo diario que anunciaba su degradación. Tanta dureza me regocijó: se hubiera dicho que estaba haciendo algo realmente serio. Pero me alarmé cuando llegó a mis manos un periódico norteamericano que citaba un pasaje de nuestro amigo tomado de la última entrega de la revista. El pasaje -no pude dejar de leerlo- era sencillamente soberbio. ¡Ah, tendría que irse a vivir al campo si eso era lo peor que conseguía escribir! Se me oprimió el corazón al comprobar cuán ínfimos eran sus progresos desde la época en que había resuelto competir con Pat Moyle. Pat no habría podido firmar una línea del párrafo citado en el periódico norteamericano.

Durante las últimas semanas, a medida que se acercaba el momento de leer la obra entera, aumentaba esta sensación de impaciencia, y nunca olvidaré aquella tarde del mes de julio que puso fin a mis dudas. Volviendo a casa a la hora de la cena, encontré los dos volúmenes sobre mi mesa de trabajo. Y pasé toda la noche entregado a su lectura, deslumbrado, azorado, frotándome los ojos, maravillado por la monstruosa farsa. ¿No era, acaso, una monstruosa farsa su segunda manera, su nuevo estilo, su desesperada apuesta, su plan para lograr un éxito más vasto y eludir el fracaso material? ¿Había engañado a todos sus lectores, o lo que es aún más doloroso, se estaba engañando a sí mismo? ¿Fácil? ¿Cómo diablos podía considerarse fácil? ¿Accesible? ¿En qué lugar del mundo podía ser accesible? En ese libro encantador e intenso había puesto toda su

inteligencia y su poder de fascinación. Era una obra maestra despiadada, inhumana, inescrupulosa, implacablemente cruel. Como sus antiguas crónicas de *El Faro,* lo más bajo en que podía caer. Pero la perversidad del esfuerzo, aunque heroico, había sido frustrada por la pureza del talento. Cedía a un espejismo, lo guiaba una brújula traicionera y mudable. Sus proyectos, por mercenarios que fueran, no vulneraban su honra. El libro y su trascendencia me conmovieron. Era un colapso magnífico, un triunfo demasiado horrible. Lo celebré con tristeza, lo deploré con arrobamiento. Mientras la breve noche palidecía y yo, asomado a la altísima ventana de mi cuarto, vacilante de emoción, buscaba el resplandor de la aurora estival, comprendí que lágrimas de admirada piedad empañaban mis ojos. Al este, sobre los tejados de Londres, el cielo se teñía de púrpura. Era un color admirable y trágico. Era el color de su magnífica equivocación.

IV

No bien terminé mi desayuno le habría comunicado la impresión que tuve, pero sus efectos eran demasiado graves y la situación tan compleja que pasé reflexionando la mitad del día, inclinado de nuevo sobre el libro, dando vuelta afiebradamente sus páginas, haciendo lo posible para encontrar en ellas, en beneficio de mi amigo, algún indicio de tranquilidad, alguna razón para felicitarlo. Las consecuencias de su temerario desafio eran sencillamente atroces. Los malditos volúmenes, imperturbables e impecables, con sus tímidos secretos y su vulnerable defensa, hacían pensar en una hermosa mujer aún más desnuda a través de sus velos, o en una gran sinfonía cuya escritura musical desconcertara a los oyentes. Había algo siniestro en su manera de provocarme. Sin embargo, no podía callar -mi silencio haría suponer que el libro no era de mi agrado- y por eso, al caer la tarde, armándome de valor y dispuesto a recurrir a toda clase de circunloquios, me acerqué a la casa del infeliz Limbert. Por el camino vi pasar en una elegante victoria a Jane`Highmore, quien dio muestras de agitación e hizo detener el coche. Fue un alivio para mí -retardaba el momento en que debería afrontar el pálido rostro de Limbert esperando mi justo veredicto- y ante la inquietud con que la señora Highmore me preguntó si conocía las últimas noticias comprendí que un veredicto había sido dictado ya.

-¿Qué noticias? ¿Sobre el libro?

-Sobre esa espantosa revista. Están escandalizados. Ha perdido su puesto. Tuvo una terrible disputa con el señor Bousefield.

Quedé atónito, pero no sin comprender, a posar de mi estupor, que la historia se repite. Recordé a Maud, años atrás, anunciándome que lo habían despedido de *El Faro,* y ahora, vagas, confusas, las mismas explicaciones flotaban en el aire. Esta vez, sin embargo, estaba prevenido. Lo había sospechado. Después de un momento pregunté:

-¿La hizo demasiado superficial?

La señora Highmore estaba más asombrada que yo.

-¿Demasiado superficial? Demasiado trascendente. El señor Bousefield dice que ha hundido la revista.

Continuó, advirtiendo mi estupor:

-¿No sabe lo que ha ocurrido? ¿Es que el pobre Limbert, en su aflicción, no lo ha mandado a llamar? ¿No ha oído nada? Entonces será mejor que lo sepa antes de verlos. Suba, se lo contaré mientras damos una vuelta.

Estábamos cerca de Regent Park. En cuanto subí apresuradamente y el coche empezó a cruzarlo, continuó:

-Sucedió lo que yo temía. Destilaba cultura. Le dio un nivel demasiado alto.

Sentí que me hundía en el colapso general.

-¿De qué está usted hablando?

-De esa maldita revista. Han quedado en la calle. Tendré que cargar con mamá.

Traté de recobrar la calma:

-¿Qué diablos, entonces, pretendía Bousefield? ¿No quería, acaso, levantar el nivel de la revista?

-Sí, pero Ray se extralimitó.

-Pero a Bousefield nada le parecía bastante.

-Bueno, Ray se las compuso para excederse. Tomó sus palabras demasiado literalmente. Parece que las cosas andaban muy mal, pero Bousefield no podía decir nada porque había convenido en dejarle al director la más absoluta libertad. Tenía que estarse cruzado de brazos mientras su barco zozobraba. Cuando terminó el plazo, hace uno o dos días, habló por fin. Y habló, según Maud, de una manera atroz. Fue a su casa, y el pobre Ray tuvo que escucharlo. Ray le contestó. Le recordó su propia idea acerca del nuevo camino que habría de tomar la literatura.

Balbuceé desalentado:

-¿Y abandonó Bousefield aquella idea? ¿No tomará ya la literatura por ese camino? La señora Highmore vaciló:

-Se diría que no tiene mayor prisa. De todos modos, Ray se le ha adelantado. Habría debido contemporizar un poco, según el señor Bousefield, pero estoy creyendo que Ray- agregó mi compañera -no puede contemporizar, ¿sabe usted?

Como aún duraba mi emoción del día anterior, no estaba en condiciones de diferir con ella.

-Publicaba colaboraciones demasiado intelectuales- prosiguió.

-¿Demasiado intelectuales? ¡Vamos! En muchos casos, me parecían bastante ñoñas.

-¡Oh, usted todavía es más exigente que él! El señor Bousefield dice que deseaba, por supuesto, colaboraciones sugestivas e inteligentes, de las que pudiera enorgullecerse. Pero argumenta que Ray no hace la menor concesión a las debilidades humanas. Que daba todo en dosis excesivas.

La señora Highmore advirtió que sus palabras me impresionaban. Yo medité un instante. Después dije:

-¿Se trata, por ventura, de mis colaboraciones?

Demoró tanto en responderme que sentí una nueva angustia. Al cabo de un minuto, volviéndome hacia ella, le puse una mano sobre el brazo y la miré fijamente:

-¿Cree usted- le dije lentamente -que el señor Bousefield se refería a mis "Observaciones fortuitas"?

Afrontó mis ojos:

-Si se lo digo, ¿no lo tomará a mal?

-Ya nada puede molestarme.

-Bueno, eso es lo que yo trataba de insinuarle. Han discutido sobre todo por usted. El señor Bousefield quiere que no colabore más.

-¿Y nuestro amigo no acepta?

-Parece aferrarse a usted. El señor Bousefield dice que no hay revista que lo aguante.

Lancé una carcajada que sobresaltó al cochero.

-Pero, ¿acaso tiene alguna idea de lo que valgo?

-Desde luego. Dice que usted es caro a cualquier precio, que contribuye como nadie a que el barco se hunda. Sus "Observaciones" llamadas "Fortuitas" son mortalmente regulares. Usted escribe todos los meses y no escribe más que allí. Y no interesa a los lectores.

-En todo caso, a ciertos lectores. A los que no son sensibles a la ironía.

-Entiendo que Ray contestó lo mismo. El señor Bousefield replicó que su ironía no interesa a nadie. Nadie puede comprender lo que usted escribe, y si comprendiera tampoco le importaría. Yo estoy repitiendo sus palabras, nada más.

-Repítalas, por favor. Espero que Ray las tome en cuenta. Y ahora tengo que dejarla. Necesito hablar con él.

-Lo llevo hasta la casa. Porque eso no es todo- dijo la señora Highmore, y prosiguió mientras avanzábamos. -El señor Bousefield se apareció con un ultimátum relacionado de un modo u otro con Minnie Meadows.

Yo estaba estupefacto.

-¿Minnie Meadows?

-La nueva humorista de quien todos hablan. Ha escrito una serie de bocetos muy divertidos. Quiere que Ray los publique en la revista.

-¿Esa es la idea de la literatura que tiene el señor Bousefield?

-No, pero según él es la idea que tiene el público. Y dice que en cierta medida, por lo menos, hay que tomar en cuenta al público. *Aux grands maux les grands remèdes.* Hay que conquistarlo nuevamente, y para ello nadie mejor que Minnie. Es la mejor concesión que podría hacerse a las debilidades humanas. Demostraría, por lo menos, que todo no sería tan... Bueno, tan como usted. Y Ray no lo admite. No va a descender hasta Minnie. No quiere ni oír hablar de ella. Cuando el señor Bousefield, y de una manera bastante autoritaria, creo, le dijo que Minnie era la condición *sine qua non* para que continuara dirigiendo la revista, Ray le contestó con bastante violencia. Le dijo que se fuera con Minnie a un lugar inmencionable. Y el cuento acabó. Fue toda una escena.

-Lo mismo le sucedió en *El Faro*- contesté pensativamente. -¡Pobre, parece destinado a las grandes escenas! ¿Fue por Minnie, entonces, que cortaron?

La señora Highmore pareció asentir, suspirando con desesperación. Al cabo de un momento, con gran sorpresa de su parte, salí bruscamente de mi ensueño.

-¡No es posible!- exclamé con bastante inconsecuencia. -¡Tiene que rebajarse hasta Minnie!

-Demasiado tarde. Y eso no es todo. El señor Bousefield hace otra objeción.

-¿Cuál?

-¿No lo adivina?

Reflexioné:

-¿Que tampoco publique sus novelas?

-Ni una línea más de ellas. Es otra cosa que ninguna revista puede aguantar. Ahora que ya apareció el último capítulo de la más reciente, el señor Bousefield está completamente decepcionado.

Di un salto en el asiento.

-Entonces, ¿lo encuentra vulgar?

La señora Highmore pareció sorprenderse.

-¿Cómo? Lo encuentra pesado.

-¿Pesado? Ray Limbert es tan leve como el rocío que esparce un surtidor.

-Tanto da, cuando el parque de nuestra casa es un campo de nabos. El señor Bousefield contaba con algo que sirviera, que tuviera mayor aceptación. Ray dice que quiere mangueras y baldes.

Desfallecí nuevamente. Mi ligera exaltación se transformó en alivio melancólico. Y después de un momento de silencio le pregunté si había leído la novela de nuestro amigo.

-No- me contestó. -Antes de que apareciera el primer capítulo, me hizo prometer que no habría de leerla.

-¿Ni siquiera ahora, que se ha publicado en libro?

-Me pidió que nunca la leyera. Me dijo que estaba ensayando algo inferior. Entendí lo que se proponía, desde luego, y le rogué que me dejara hojearla por pura curiosidad. Pero se mantuvo firme. Declaró que no podía soportar que una mujer como yo lo viera caer tan bajo.

-A Dios gracias, sólo ha caído en la miseriacontesté. -Su experimento no es ni más ni menos que un fracaso.

-Entonces, ¿Bousefield tiene razón? ¿El libro no camina?

-No da un paso, como dicen en Fleet Street. Es de extraordinaria belleza.

-¡Pobrecito, después de tanto luchar!- suspiró Jane Highmore con verdadera ternura. -¿Qué va a ser de ellos, entonces?

Hubo un instante de silencio.

-La señora Stannace tiene que vivir con ustedes- dije.

Y tras un nuevo silencio, ella respondió:

-Tengo que hablar con Cecil.

Cecil, o sea el señor Highmore, tenía por entonces ideas muy firmes acerca del temperamento de la señora Stannace. Comprendía que su suegra no era mujer de adaptarse a las circunstancias y por eso se alegraba de que hubiese encontrado la persona adecuada con quien vivir. Esa persona era Ray Limbert, escritor mediocre pero hombre práctico.

-¡Pobres!- continuó mi compañera. -Todavía piensan que la novela será el comienzo de su fortuna. Si es verdad lo que usted dice, quedarán cruelmente decepcionados.

-¡Caramba si lo sé! Su novela me ha hecho pasar una noche inolvidable. Muchos de nosotros nos comprometimos a no leerla, y en esa forma conservó sus ilusiones. Como ignorábamos la verdad, nada teníamos que decirle. ¿Y qué podemos decirle ahora, después de leerla? Por eso yo no me animaba a entrar. ¿Cómo expresarle mi entusiasmo después de su catástrofe con el señor Bousefield?

-Bueno- dijo la señora Highmore, -entonces me alegro de no haberla leído. No tendré cosas desagradables que decirle.

Habíamos llegado a la puerta de la casa. Le hice señas al cochero para que se detuviera.

-Pero volverá a insistir con esa tenacidad que lo caracteriza- continuó. -Confiará en la próxima vez.

-Siempre ha confiado en la próxima vez. El éxito inmediato lo deja para otros. Como no vive en el presente, lucha pensando en los días que vendrán. Admito que su nueva manera lo ha llevado a luchar más que nunca. Es lo mismo -agregué, demorándome en bajar del coche. -La necesidad de mantener a su familia, la ilusión de llegar al gran público, continuarán atándolo al futuro. Y la próxima vez quedará tan decepcionado

como ahora. ¡Y la próxima y la próxima y la próxima vez!

Yo hablaba con una especie de clarividencia que hizo estremecer a la señora Highmore.

-¿Qué será de él, entonces?- insistió quejumbrosamente.

-¿Qué será de él? No creo que me interese demasiado- respondí con la plena conciencia de que mi exaltación iba en aumento. -Me interesa, en cambio, el deleite que habrá de procurarnos. Ignoro si su obra tendrá éxito algún día, pero no ignoro que seguirá realizándola. Y que será siempre de la misma calidad. Luchará de nuevo con una supuesta y todavía más infernal astucia para que el vulgo lo lea, y el vulgo, de nuevo, lo eludirá fatalmente porque su infernal astucia será el vano disfraz de su genio.

Detenidos frente a la casa, yo proseguía leyendo en el futuro de Limbert. En cierta forma me consolaba saber lo peor, y continuaba vaticinando con una seguridad que ahora, al mirar atrás, me parece notable.

-*Que voulez-vous?* Hay personas que no pueden ser vulgares por más que lo intenten. El no puede serlo y no logrará serlo, se lo aseguro, ni siquiera una vez. No basta luchar por ello: es un triste don. Y no le es dado a Limbert bajar de sus alturas. Pertenece a las alturas. En esas alturas se mueve, respira, y hasta esas alturas debo ascender- dije, mientras me despedía de mi compañera- para llevarle las malditas noticias del mundo en que nosotros vivimos.

V

Pocos meses bastaron para darme la razón. El libro, en vez de circular, permaneció estancado en el mismo sitio, como se lo anticipé a la señora Highmore, y poco después caía en el vacío como por uno de esos precipicios que dejan absortos a los turistas. Los lectores fueron con él tan implacables como Ray Limbert con Minnie Meadows. Minnie, dando una graciosa cabriola, saltó la valla que le impuso Limbert, en tanto que Limbert no pudo vencer la soberana indiferencia del público. Ahora, simplificadas por el recuerdo, veo aquellas próximas veces de que hablé en mi diálogo con Jane Highmore. En vano Ray luchó nuevamente, en vano hizo desesperadas "apuestas". A causa de su ruptura con el señor Bousefield, en los círculos profesionales lo consideraron una especie de personaje intratable, y me consta, hablando ingenuamente, que no obtuvo ninguna sórdida ventaja por haber estimulado mi labor cuando se le presentó la ocasión de protegerme. En otro sentido, y para mi tranquilidad, reflexiono en que cualquier daño que yo le hiciera con la prematura aplicación de un juicio crítico que no se dirigía, dicho sea de paso, a sus ya convencidos admiradores, era en todo caso equivalente al daño que él mismo se hacía. He insinuado que en más de una ocasión tuve que callarme cediendo a sus propios ruegos, aunque yo insistiera en que mis elogios no obedecían a razones de orden personal, pero él, en cambio, indiferente al peligro de que el público asociara nuestros nombres, hablaba siempre de mí; a veces, en algunas revistas donde su firma gozaba de crédito; a veces, en reuniones y comidas. Hablaba de mí aunque no viniera al caso, pero entraba en nuestro pacto que yo no me ocupara de él. "¿Cómo puedo ayudarlo con éxito si usted me pondera?", acostumbraba a preguntarme. Se mostraba exageradamente temeroso, a mi entender, de que pudieran acusarnos de alabarnos mutuamente, cosa que me tenía sin cuidado. No obstante, como ya lo declaré, yo permanecía en silencio. Permanecía en silencio, sobre todo, por la fascinación que ejercía sobre mí observar el curso de su carrera. A este papel de testigo impasible, que era de por sí un

privilegio, me habían reducido sus especiosas conclusiones.

Hoy contemplo sus obras, el magnífico legado de sus obras, desde una extraña perspectiva -en primer término, las últimas; hacia el fondo, las de su juventud- y las veo aumentar de tamaño al ponerse al nivel de mis ojos. En los comienzos, emigrar de Londres le ofreció indiscutibles ventajas -menores gastos, mayor ocio-, condiciones todas que habrían de llevarlo repetidamente al posible triunfo de la próxima vez. La señora Stannace desaprobaba la decisión de su yerno. ¿Sobre qué puede escribir un novelista desterrado en un villorrio, limitado a la sociedad de las aves domésticas, sin ese contacto indispensable con el gran mundo cuyas maneras y costumbres debe reflejar en sus libros? En Londres, por fortuna, un hombre inteligente era ni más ni menos un hombre inteligente; en Londres había casas encantadoras a donde una persona de la indudable capacidad de Ray, aunque no tuviera el don de hacer el mejor uso de ella, no le faltaban oportunidades para observar desde un rincón tranquilo, decorosamente, el calidoscopio social. Pero, ¿qué importancia tenía el calidoscopio de las aves domésticas y a qué ilusorios ahorros no habría de conducirlo su ir y venir por el campo (con lo mucho que cuesta alquilar coches en las hosterías) para dejar tarjetas de visita en casa de los magnates del condado? Esta inquietud por los temas que habría de tratar Limbert en sus obras era el pretexto que esgrimía la señora Stannace. Estaba resuelta a no vivir en una aldea, pero tampoco quería colocarse bajo la férula de Cecil Highmore, el marido de su hija mayor; como no ignoraba que Highmore era el dueño y señor de la casa entera, la planta baja y el piso de arriba, insistía en las conveniencias que el norte de Londres procuraba a las obras de Limbert. A todo esto, la casa de los Highmore quedaba ahora en Stanhope Gardens, un barrio más elegante, pero Cecil Highmore era terriblemente astuto: no admitía asociación de intereses ni trato alguno con su suegra que no fuera en calidad de mera visitante. A la señora Stannace no le gustaban las posiciones falsas pero no quería, por otra parte, sacrificar sus antiguas costumbres. Su mundo era un mundo de casas encantadoras donde dejaba tarjetas de visita, y era una suerte que no pudiera escuchar, desde el piso de arriba, el juicio que le merecían a Limbert los magnates del condado y las oportunidades de Londres cuando conversábamos en su cuartito gris. Al fin, despojada de toda garantía, terminó por ir a vivir a Stanhope Gardens como una simple criada, donde le hicieron historias hasta por el número de sus baúles, mientras Limbert, paseándose conmigo entre las aves domésticas (lo visité con frecuencia durante el año que sucedió a ese cataclismo), se explayaba sobre el tema de que pensaba ocuparse. Privado ventajosamente del calidoscopio social, y con la perspectiva de una nueva fórmula para su próximo libro, ¿qué podían importarle las costumbres de la gente elegante, o el alquiler de los coches? Tanto daba un lugar como otro para llevar a cabo su proyecto. Había encontrado el rincón más tranquilo del mundo y una vieja casa, húmeda y barata, lo cual le permitía, además de costear la educación de sus hijos, el supremo lujo de presentarse como un hombre pobre. *Ces dames,* así las llamaba, nunca le concedieron esta última satisfacción.

Me entristeció, al principio, que su recompensa fuera tan pequeña, su conquista tan mezquina, pero acabé por sentir el encanto de su actual sencillez: era un albergue para los tres o cuatro espléndidos fracasos a que su proyecto estaba condenado. Los limité a tres o cuatro porque tuve la impresión de que su aventura editorial le había causado una herida muy profunda. Obtuvo un resultado desconcertante después de hacer uno de los esfuerzos más intensos de su vida, y nunca perdió el sentido de la grotesca falta de proporción que

había entre el esfuerzo y el resultado. Desde ese momento, la herida oculta en él fue minando poco a poco su vitalidad. Y año tras año, mientras ideaba algún plan infaliblemente equivocado para remediar sus penurias, yo solía preguntarme dónde encontraba energías que le permitieran volver a la carga. Trabajaba con una vehemencia cada vez mayor, pero no me cabía duda de que la tensión misma acabaría por romper la cuerda. Nos dio una y otra vez su fatal obra de arte, ¿pero qué recibía él, pobre hombre, que buscaba algo tan diferente? Y había de por medio problemas de otra índole, si se quiere más extraños, fenómenos más curiosos y misterios más intrincados que yo por mera simpatía, si no para resolverlos, discutía en la intimidad con la señora Limbert. También ella, pobre mujer, tenía sus adicciones: después de alejarse de Londres fue dos veces madre, con intervalos muy largos. Y también la señora Stannace volvió a exhibir, en un sentido más estricto, el mismo carácter ejemplar con respecto al hogar del cual se había separado. Cuando se estableció en Stanhope Gardens le fijaron, entre otras condiciones, que no fuera y viniera quejosamente de Goneril a Regan. Pero cayó sobre las aves domésticas, a semejanza del Rey Lear, con su séquito de caballeros, o en todo caso, de barones, bastante disminuido. Esto sucedió varias veces antes de que Limbert muriera. Y a Limbert, hasta el final de su vida, lo persiguió la superstición de haber deshecho en vano el primitivo hogar de la señora Stannace; no era justo que a Maud, a quien nunca le dio la situación que se merecía, la privara también de su madre. Estoy casi seguro de que la idea de saldar esta deuda lo impulsaba en su tenaz esfuerzo por alcanzar el éxito. Creo que la señora Stannace aún conservaba fortuna, aunque pretendiera haberla dilapidado sacando constantemente de apuros al matrimonio. Era posible que acumulara dinero en secreto, era posible que en su lecho de muerte, a menos de ser muy perversa, legara todos sus bienes a la menor de sus hijas. Llevado por la compasión que me inspiraban los Limbert, mis pensamientos giraban tal vez indiscretamente alrededor de esta escena final, soñando para ellos con un bienestar económico que compensara de alguna manera sus penurias.

Consuelo bien relativo pues sólo se trataba de meras conjeturas y, por otro lado, cada vez me parecía más improbable que Limbert la sobreviviera. Nunca me atreví a indagar qué temía o esperaba de aquellas presuntas disposiciones testamentarias, porque sentía nuevos escrúpulos en recordarle sus infortunios materiales después de la crisis que lo obligó a salir de Londres. Como el pobre estaba en verdad humillado, había temas que preferíamos no tocar. Y mientras él más luchaba por el éxito, nuestra vieja y quejumbrosa aritmética, tan fértil en bromas, desaparecía de la conversación. Aunque todavía nos burlábamos de lo sucedido, apenas aludíamos a las consecuencias. Él hablaba como de costumbre con extrañas imágenes y sutiles eufemismos, de los lazos que continuaba tendiendo, pero nosotros, de común acuerdo, dábamos por sentado que el animal había caído en la trampa. Adopté esta norma de conducta desde la tarde en que Jane Highmore me dejó en casa de su cuñado, después de la visita del señor Bousefield. En aquella ocasión, luego de agotar el tema Bousefield, pasamos a la novela. Le confesé haberla devorado Y a partir de ese momento -el momento en que, respondiendo a sus ansiosas preguntas, tuve que comunicarle mi terrible impresión- la imagen de su rostro sobresaltado perdura en mí. No pude, entonces, disimular la verdad. Pero más adelante, lo reconozco, siempre que se repitió el caso, la próxima y la próxima vez, conseguí atenuar la impresión que me causaban sus libros. Y todos lo hicimos religiosamente, en la medida de lo posible. Utilizábamos ingeniosas ambigüedades para no referirnos a los pasajes más

intensos, a las bellezas que mejor traicionaban su propósito, como un extraño grupo de admiradores que ha resuelto engañar a un artista candoroso. Y al callar nuestras felicitaciones, al disimular hipócritamente nuestra alegría, en modo alguno asombrábamos a Limbert, persuadido como estaba de haber escrito una obra mediocre. Fue un motivo de satisfacción asegurarnos el apoyo incondicional de su mujer, que en los últimos tiempos entró a conspirar con nosotros -lo digo en honor suyoy cuyo sentido de la responsabilidad halagábamos con frecuencia pidiéndole, unánimemente, que resolviera en alguna forma el maravilloso enigma. ¡Tantas veces nos habíamos formulado la pregunta! ¿Cómo era posible que Limbert, utilizando toda su sabiduría, compusiera una música destinada a los oídos más vulgares y que esa música, infaliblemente, se dirigiera a los ángeles? Siendo nosotros los ángeles, nos limitábamos en cada ocasión a comprobar el milagro, y al pensar en el gran esfuerzo que lo había suscitado nos desconcertaba su falta de lógica. Era como sumar una columna interminable de números y equivocarse siempre; ninguno de nosotros podía retener tantas cifras. Limbert presentaba un manjar hecho de huesos y cáscaras secas; ¿en virtud de qué ley sabía a gloria? ¿Merced a qué traición su cerebro lograba infringir las severas normas que le imponía? Había alguna interferencia del gusto, alguna obsesión por lo exquisito. Solamente podíamos decirnos que el genio lo desbarata todo, o que el pobre Limbert carecía de *flair*. Cuando salía en busca de ajos, volvía trayendo un ramo de heliotropos.

Debo agregar que la señora Limbert, aunque no lograba esclarecernos el misterio, nos enriquecía con su ejemplo. Como en nosotros, exactamente, el engaño tomaba en ella la forma de una devoción más comprensiva; y un sentido más puro de la gloria. Muchas fueron sus decepciones y penurias, muy estrictas sus normas de conducta, pero había acabado por aceptar el doloroso adiestramiento de la vida y daba vueltas a la noria con la mejor voluntad. Al final, cuando aumentaron sus preocupaciones con motivo de la endeble salud de Limbert, nos dio un ejemplo admirable y conmovedor: no habría cambiado el orgullo de ser su mujer por toda la prosperidad del mundo. Sólo una vez, en una hora melancólica, durante aquellos terribles días de Londres, me dijo que no le quedaba otra alternativa: necesitaba considerarlo un genio, o sentir vergüenza por él. Desde la época de su noviazgo comprendió con mucha ternura que casi todos lo dejaban atrás, pero creo que en los últimos tiempos se habría avergonzado un poco de que los editores se lo disputaran. Es verdad que su veneración no estuvo expuesta jamás a tan rudo golpe. Le habría gustado que fueran ricos, pero habría echado de menos algo tan exquisito que aprendió a discernir. También recuerdo haberle oído otra frase: si dependiera de ella, me dijo, Limbert tendría desde luego la fama de Shakespeare o de Scott, pero, en vista de que era imposible, se alegraba de que no fuese como... Y mencionó a dos señores cuyos nombres prefiero callar. Me atrevo a decir que algunas veces convertía sus lágrimas en risas. Entretanto, colaboraba apasionadamente en el segundo estilo de Limbert, reemplazándolo en aquellos campos donde él temía aventurarse, tratando de hallar, hasta en los rastrojos, briznas de hierba para levantar el nido, y fatigando las bibliotecas circulantes en busca del gran secreto del éxito. Porque Limbert, cuando estaba enfermo, suspendía sus lecturas. Por suerte, no cayó enfermo de gravedad hasta después de publicar *El corazón oculto*. Tuvo fiebre reumática en primavera (por entonces no había concluido su novela) y esta desgracia, además de interrumpir su trabajo, minó profundamente su organismo. Al restablecerse se puso de nuevo manos a la obra, pero los médicos diagnosticaron que tenía el corazón muy débil y

le ordenaron llevar una vida exenta de preocupaciones. Creí que tal vez habrían acabado sus penurias porque me dijo, al mejorar, y con una convicción realmente contagiosa, que nunca había encontrado un ardid tan ingenioso como en la idea de *El corazón oculto.* Es siniestramente cómico reflexionar en que esta pequeña y soberbia composición, la más breve pero quizá la más admirable de sus obras, fue planeada en sus comienzos como una vulgar novela de aventuras. Limbert trató de competir atrevidamente con todos aquellos que escribían libros de este género y me pregunto cuántos lectores consiguieron adivinar a qué sección de su biblioteca estaba destinado *El corazón oculto.* Al llegar el verano los médicos le ordenaron que pasara el invierno en Egipto, explicándole con harta claridad los inconvenientes que podrían sobrevenir si permanecía en Inglaterra. Aunque Limbert no era hombre de menospreciar las advertencias de nadie, Egipto nos parecía tan inalcanzable como una segunda edición. Terminó *El corazón oculto* con un ímpetu lleno de aprensiones y esperanzas: si su novela lograba el éxito que suele coronar los "libros de esa clase", podría disponer de una reserva de dinero. Supe a qué atenerme, como lo había sabido en todos los casos anteriores, al leer su profunda y delicada novela. El pobre Limbert hacía pensar en esos padres jamás desalentados que sólo tienen hijas. Se pide al cielo un heredero, un robusto varón, se consultan almanaques y dueñas; pero no hay manera de conjurar el hechizo. *El corazón oculto* resultó, por así decirlo, otra mujer. Cuando llegó el invierno hubo pues que descartar el viaje a Egipto. Jane Highmore quiso prestarle dinero, y sé que algunos admiradores todavía más fervientes que su cuñada hicieron todo lo posible para que aceptara la ayuda de ellos. Este "movimiento" cundió tanto entre sus amigos que se habría puesto a su disposición una suma considerable. Pero él se mantuvo inflexible. Pensaba, supongo, que el sacrificio ya estaba hecho. Había sacrificado su honor y su orgullo, y los había sacrificado precisamente por dinero. Continuaría sacrificándolos, si su salud lo permitía, pero de la estoica manera en que siempre lo hizo. Durante años luchó incesantemente para obtener el favor del público; pues bien, si necesitaba del favor del público para vivir, sólo podía admitirlo en forma de un contrato y derechos de autor.

No empeoró durante el invierno, contrariamente a lo que temíamos, y yo fui con gran júbilo a pasar Navidad entre las aves domésticas. Sentados junto a la chimenea, después de celebrar nuestros familiares y sencillos festejos, me contó que la noche antes, en horas de insomnio, tuvo una feliz inspiración. Nunca, me dijo, lo había visitado en las tinieblas una idea tan hermosa. "He vislumbrado una situación que lo contiene todo, se lo aseguro, y es inexplicable que no se me haya ocurrido hasta ahora". Nada más me dijo acerca de su idea, pero después supe por la señora Limbert que había comenzado a escribir y que estaba absorto en el tema de *Abolición.* Sin embargo, no viviría lo suficiente para desarrollarlo. Trabajó un par de meses en apacible misterio, sin hablar del asunto con sus amigos ni con su mujer, a quien no le pidió que lo ayudara como en ocasiones anteriores. Lo sabíamos entregado a su obra, pero no aludía a la impresión que esta obra podía causar en el público. Lo vi en febrero, y lo encontré bastante bien. Estaba profundamente interesado -eso importaba más que nada- y los presagios eran favorables. Tuve una extraña sensación al enterarme de que no había consultado a los amigos de siempre y de que una gran indiferencia lo alejaba de todo lo que no fuera la temeraria conciencia de su arte. Ya no resonaba en sus oídos el llamado del éxito: por fin, como a menudo sucede, había vuelto a la sincera despreocupación material de sus años juveniles. Urgido por el tiempo, ¿estaría escribiendo exclusivamente para sí? Nos lo preguntábamos y

esperábamos: lo sentíamos un poco desconcertado. Ocurrió, como después lo supe, que había olvidado por completo si su novela se vendería o no. Se había despertado una mañana, nuevamente, en el país de los sueños, con la conciencia tranquila y una gran idea. Y se quedó en el país de los sueños hasta que la muerte llamó a su puerta, porque la pluma sólo cayó de sus manos cuando los ojos se le cerraron para siempre, al detenerse súbitamente su corazón, mientras apoyaba la nuca en el respaldo de la silla. La novela que dejó inconclusa es un fragmento admirable. Habría sido, qué duda cabe, uno de sus mayores éxitos. No estoy en condiciones de afirmar que habría sido un éxito de venta.